Imprimir

La ideología de que no hay alternativa al capitalismo terminó siendo interiorizada por gran parte del pensamiento de izquierda. El neoliberalismo ha sabido conjugar el supuesto fin pacífico de la historia con la idea de crisis permanente.

Las elecciones generales del 30 de enero en Portugal tuvieron resultados sorprendentes. El Partido Socialista (PS) ganó las elecciones con mayoría absoluta. A partir de ahora, Portugal será el único país europeo con un gobierno con mayoría absoluta de un solo partido de izquierda. Los dos partidos a la izquierda del PS obtuvieron los peores resultados de la historia. El Partido Comunista (PCP), que tenía doce diputados en el parlamento, ahora tiene la mitad; y el Bloco de Esquerda (BE), que tenía diecinueve diputados, ahora tiene cinco. BE pasa de la tercera fuerza política a la quinta y el PCP, de la cuarta a la sexta.

Los cargos de estos partidos pasaron a ser ocupados por fuerzas de ultraderecha, una de inspiración fascista (Basta), ahora tercera fuerza política, de la familia de la extrema derecha europea y mundial; y otra con un enfoque hiperneoliberal, darwinismo social puro y duro, es decir, la supervivencia del más apto (Iniciativa Liberal), ahora la cuarta fuerza política.

Los resultados electorales muestran que la izquierda a la izquierda del PS perdió la oportunidad histórica que ganó después de 2015 al construir una solución de gobierno de izquierda que se conoció como artilugio (PS, BE, PCP), una solución que detuvo la austeridad impuesta. por la solución a la crisis neoliberal de 2008 y puso al país en una modesta pero consistente recuperación económica y social. Esta solución comenzó a deteriorarse en 2020 y colapsó a fines de 2021 con el rechazo del presupuesto presentado por el gobierno.

Esto es lo que condujo a las elecciones anticipadas del 30 de enero. La contundente victoria del PS tras seis años de gobierno y dos años de pandemia es memorable y merece reflexión. En este texto propongo reflexionar sobre el otro hecho importante de estas elecciones: la abrupta caída de los dos partidos de izquierda a la izquierda del PS. No pretendo analizar aquí la caída en sí; más bien pretendo mostrar el abismo que en él se manifiesta entre la izquierda que representan el BE y el PCP y la izquierda que, a mi juicio, tiene las condiciones

para prosperar en las próximas décadas. La diferencia entre lo que existe y lo que propongo es tal que nos encontramos ante la necesidad de reinventar la izquierda. Por ahora no me refiero al plan de estudios. Me refiero sobre todo a las formas de organización.

Presento mi propuesta en diez tesis.

1.- No hay ciudadanos despolitizados; hay ciudadanos inseguros que no se sienten movilizados por las formas de politización dominantes, sean partidos o movimientos organizados de la sociedad civil.

La inmensa mayoría de los ciudadanos no están afiliados a partidos, no participan en movimientos sociales ni salen a las calles a manifestarse, pero una buena parte de ellos se sienten excluidos, abandonados y sin esperanza de que la democracia colme sus expectativas. La pandemia ha exacerbado la inseguridad existencial. Las fuerzas de extrema derecha fueron las primeras en ver su oportunidad de prosperar allí. Son maestros empresarios del miedo y la ira.

Después de siglos de colonialismo (racismo, xenofobia, robo de tierras y recursos naturales) y heteropatriarcado (machismo, violencia de género, feminicidio, homofobia, transfobia) y más de cuarenta años de capitalismo neoliberal (escandalosa concentración de la riqueza, sobreexplotación de la trabajo, erosión de los derechos sociales y económicos y destrucción de la naturaleza), las revueltas o explosiones sociales, cuando ocurren, suelen tomar por sorpresa a los partidos y organizaciones de la sociedad civil (asociaciones y movimientos sociales). Suelen ser movimientos espontáneos, presencias colectivas en plazas públicas.

2.- No hay democracia sin partidos, pero hay partidos sin democracia.

Una de las antinomias de la democracia representativa liberal es que depende cada vez más de los partidos como una forma exclusiva de agencia política, mientras que los partidos son cada vez menos democráticos internamente. Los partidos viven y se reproducen dentro de instituciones que tienden a aislarse de la agitación y complejidad de la dinámica social. El déficit democrático de los partidos se traduce en la incapacidad de captar oportunamente e

interpretar correctamente los deseos, inseguridades y aspiraciones de ciudadanos cada vez más atrapados en la ideología dominante de autonomía y libertad, sin contar con las condiciones materiales para ser efectivamente autónomos o sentirse realmente autónomos. gratis.

Sin nadie que los esclavice, se sienten condenados a esclavizarse a sí mismos. Como empresarios, colaboradores, trabajadores por cuenta propia, se sienten en la paradójica situación de tener derecho y no tener derecho. Esta disonancia se acentúa particularmente entre los jóvenes y las clases sociales socialmente empobrecidas y vulnerables, aquellas para cuya defensa se crearon los partidos de izquierda. Por ejemplo, las ideologías dominantes en los partidos de izquierda tienden a ver a los jóvenes como simples trabajadores precarios. Son eso, pero son mucho más que eso, son ciudadanos preocupados por su sexualidad, por el racismo, por las dificultades de las relaciones en un mundo pandémico y de la comunicación virtual, por la pérdida de amistades intensas, por la exigencia de altos estudios cualificaciones destinadas al paro o a trabajos basura, temiendo que la crisis ecológica les robe su futuro más fácilmente que el capitalismo. La distancia entre todas estas experiencias y carencias y los códigos de formulación y gestión política de los partidos es cada vez más preocupante.

3.- Los partidos del futuro serán partidos de movimiento.

Si es cierto que los partidos tradicionales se han quedado sin tiempo histórico, esto es particularmente cierto en el caso de los partidos de izquierda. La solución está en transformar a los partidos en entidades más intensamente democráticas. Los partidos del futuro deben combinar la democracia representativa con la democracia participativa en la forma en que se organizan, definen sus programas, eligen a sus líderes, toman decisiones políticas importantes, rinden cuentas y afirman la transparencia. La participación ciudadana en los partidos no puede limitarse al ejercicio del derecho al voto cada cuatro años. Debe ejercerse durante el mandato de los electos, y no sólo cuando termine el mismo. Esta participación no puede reducirse a recibir información periódica. Deben plasmarse en la constitución de círculos de ciudadanía militante y solidaria, organizados por lugar de

residencia o por tipo de ocupación, con capacidad deliberativa y no sólo consultiva. Esta vigilancia y cocreación política es particularmente decisiva en el caso de los partidos de izquierda por dos razones principales. Las clases sociales y los grupos que las izquierdas se proponen representar y cuyos intereses dicen defender viven en condiciones sociales y universos culturales diferentes a los de los líderes políticos y tienen menos tiempo y menos proximidad social para expresarse o hacerse entender. La política de proximidad es la clave de la política del futuro. Esta proximidad no puede ser un mero artefacto virtual de la sociedad de la información porque los cuerpos vivos tienen densidades y emociones que escapan a la lógica binaria de la comunicación virtual. Además, la comunicación virtual no entiende de silencios y ausencias, aunque ambos son fundamentales para comprender el sufrimiento de los que más sufren y las injusticias a las que son sometidos los más agraviados.

La segunda razón tiene que ver con la tradición del marxismo-leninismo, que en ocasiones conduce al centralismo democrático en partidos que provienen de la tradición comunista. Esta tradición tuvo sus méritos en su tiempo, pero hoy está superada por las condiciones de vida y comunicación contemporáneas. Mantenerlo hoy, aunque sea de forma matizada, significa a veces caer en la tentación del espíritu sectario (sectarismo), en la búsqueda de la unanimidad mediante la vigilancia antidemocrática de las opiniones divergentes para que no prevalezcan y, finalmente, en la oscilación brusca entre la unanimidad y el silenciamiento, suspensión de derechos, satanización en la plaza pública. Este tipo de gestión de las diferencias es cada vez más incompatible con la visión que tienen los ciudadanos de la convivencia democrática y la deliberación.

4.- Los partidos de izquierda no necesitan ser inventados desde cero; hay que conocer y valorar sus orígenes.

La izquierda nació en convivencia con clases y grupos sociales excluidos. Contribuyeron a paliar la exclusión y el silenciamiento, no sólo dando voz a sus demandas, sino también fomentando su autoestima, a través de la educación y la cultura popular, los grupos de teatro, la socialización y las actividades de ocio. La izquierda tiene que volver a sus orígenes,

a la convivencia de proximidad con grupos sociales excluidos, discriminados y empobrecidos. Paradójicamente, estos grupos son los que más sufren la ideología dominante y los que más fácilmente se dejan seducir por ella, expuestos como están a la industria del entretenimiento masivo y a las reconfortantes redes sociales. La izquierda partidaria ya no vive donde viven sus votantes, ya no socializa ni conversa con ellos, excepto cuando los visita para pedirles que voten. Quienes hoy conviven y conversan con los grupos sociales más excluidos son muchas veces las iglesias evangélicas neopentecostales cuando no es el crimen organizado. El activismo militante de izquierda parece limitarse a participar en las reuniones de los partidos para hacer (casi siempre escuchar a los que lo hacen) un análisis de coyuntura. Los partidos de izquierda, tal como existen hoy, no pueden hablar a las voces silenciadas y excluidas en términos que comprendan. Para cambiar eso, la izquierda debe reinventarse.

5.- No hay democracia, hay democratización.

La responsabilidad de la izquierda radica en el hecho de que sirven a la democracia más genuinamente que cualquier otro hoy. La democracia representativa liberal siempre ha tenido miedo de las mayorías sociales. Baste recordar que la democracia representativa se limitó originalmente a los propietarios, una pequeña minoría de ciudadanos. Pero en los últimos sesenta años ha pasado por períodos en que, con mayor probabilidad, fue el régimen de los gobiernos de las mayorías para beneficio de las mayorías. Hoy, la democracia liberal está cada vez más capturada por poderosos intereses económicos. A medida que esto ocurre y se vuelve más conocido, está germinando la idea de que la democracia está siendo desfigurada y hoy es a menudo un régimen de gobiernos minoritarios en beneficio de las minorías. En muchos países, las fuerzas políticas de derecha dependen cada vez más de poderosos intereses económicos. Para servirles, no pueden servir a la democracia; simplemente lo usan. Las fuerzas políticas de izquierda están, por lo tanto, en una mejor posición para servir a la democracia y defenderse de los antidemócratas. Pero para eso tienen que romper con la lógica de organización interna propia de los partidos de derecha.

Las izquierdas son las mejor posicionadas para entender que la democracia no puede limitarse al espacio-tiempo de la ciudadanía. Las sociedades políticamente democráticas son

a menudo sociedades en las que las mayorías no pueden vivir democráticamente porque están expuestas a una vida cotidiana autoritaria que he denominado socialfascismo. La lucha democrática debe existir también en el espacio de la familia, la comunidad, la producción, las relaciones sociales, las relaciones con la naturaleza y las relaciones internacionales. Cada espacio-tiempo exige un tipo específico de democracia. Esto es democracia de alta intensidad. Comparada con ella, la democracia liberal representativa es una democracia de baja intensidad.

6.- Los partidos-movimiento deben luchar contra el fundamentalismo de la representación exclusiva.

Los partidos convencionales sufren de fundamentalismo anti-sociedad civil organizada (asociaciones y movimientos sociales). Consideran que tienen el monopolio de la representación política y que ese monopolio es legítimo, precisamente porque las organizaciones sociales no son cuantitativamente representativas. Por tanto, la única forma de articularse con ellos es la cooptación o la infiltración. Es así como los partidos sólo reconocen “sus movimientos”, “sus asociaciones”, sean sindicatos u órdenes profesionales. Este fundamentalismo de la exclusividad de la representación y lo que de ella se deriva lleva a deslegitimar a las organizaciones de la sociedad civil, sometiéndolas a lógicas partidistas en detrimento de los intereses reales de sus miembros.

La lucha contra el fundamentalismo tiene todavía otra dimensión. Los partidos privilegian la acción institucional, la movilización de instituciones, como el parlamento, los tribunales, la administración pública. Por el contrario, las organizaciones de la sociedad civil y especialmente los movimientos sociales, aunque también utilizan la acción institucional, recurren con frecuencia a la acción directa, las protestas y manifestaciones en calles y plazas, los plantones, la difusión de agendas a través del arte (artivismo). El fundamentalismo de la exclusividad de la representación tiende a devaluar estas importantes formas de movilización social ya alentar la tentación de instrumentalizarlas. Los partidos tienden a homogeneizar sus bases sociales (eres socialista, comunista, conservador, democratacristiano). Por el contrario, las organizaciones y movimientos sociales se centran

en lealtades temáticas más específicas: vivienda, inmigración, violencia policial, racismo y sexismo, diversidad cultural, diferencia sexual, ecología, territorio, regionalismo, economía popular, etc. Trabajan con lenguajes y conceptos diferentes a los que utilizan las partes. Esta diversidad enriquece la convivencia democrática.

Las organizaciones y movimientos sociales saben que las formas de opresión provienen tanto del Estado como de las relaciones sociales (a veces familiares) y económicas. Los sindicatos, por ejemplo, tienen una experiencia considerable en la lucha contra los actores privados: empleadores y empresas. Es por eso que el neoliberalismo los ha estado atacando. La sociedad civil organizada en asociaciones, movimientos sociales y sindicatos está hoy marcada por una experiencia muy negativa: los partidos de izquierda muchas veces incumplen sus promesas electorales cuando llegan al poder. Este incumplimiento conduce eventualmente a la deslegitimación de las partes. Si el movimiento de partidos democráticos no recupera la legitimación democrática, los partidos antidemocráticos y orientados al fascismo encontrarán allí un terreno fértil para prosperar. Se presentan, en general, como el antisistema, la nueva/vieja extrema derecha.

7.- La revolución de la información electrónica y las redes sociales no son, en sí mismas, un instrumento incondicionalmente favorable al desarrollo de la democracia participativa.

Por el contrario, pueden ayudar a manipular la opinión pública hasta el punto de desfigurar fatalmente el proceso democrático (el mundo de las noticias falsas y los discursos de odio). El ejercicio de la democracia participativa necesita hoy, más que nunca, de encuentros y discusiones presenciales. Hay que reinventar la tradición de las células partidarias, los círculos ciudadanos, los círculos culturales, las comunidades eclesiásticas de base. No hay democracia participativa sin estrecha interacción. La pandemia ha dificultado la política de proximidad, pero hay que retomarla cuanto antes.

8.- Los partidos del movimiento de izquierda están abiertos a unir fuerzas con otros partidos de izquierda basados en el principio de pluralidades despolarizadas y teorías de transición.

Tradicionalmente, las fuerzas políticas de izquierda han sido víctimas del faccionalismo y el oportunismo. En ambos casos, estas desviaciones se debieron al distanciamiento que crearon con sus bases sociales. En el caso de las fuerzas de tradición comunista y anarquista, el faccionalismo fue la desviación más frecuente, resultado casi siempre de la angustia identitaria y el purismo ideológico. Muchas veces se han fracturado y convertido a los compañeros de ayer en los enemigos de hoy. En el caso de las fuerzas de tradición socialista, la desviación más frecuente fue la del oportunismo, el eclecticismo ideológico que hacía más fácil formar una coalición con fuerzas de derecha que con otras fuerzas de izquierda. Tanto el faccionalismo como el oportunismo contribuyen a desarmar a las fuerzas de izquierda y frustrar sus bases sociales. Esto es particularmente preocupante en el contexto de un crecimiento histórico de las fuerzas de extrema derecha, empeñadas en usar la democracia para ganar poder, pero listas para descartarla lo antes posible.

A esta doble tradición deben oponerse dos principios. El primero es el principio de las pluralidades despolarizadas. Consiste en distinguir entre lo que separa y lo que une a las organizaciones políticas y promover articulaciones entre ellas a partir de lo que las une, sin perder la identidad de lo que las separa. Lo que los separa solo se suspende por razones pragmáticas. Las diferencias sólo se despolarizan cuando las concesiones son recíprocas, cuando los procesos de negociación y los resultados son transparentes y las bases sociales de las organizaciones participantes los consideran beneficiosos tras la debida y adecuada consulta. Esta es la primera clave de los acuerdos entre partidos de izquierda.

La segunda clave consiste en considerar los tiempos y ritmos de las políticas que se propugnan. El socialismo no puede quedarse en el cajón para siempre, pero tampoco puede lograrse mañana. Es necesario pensar en períodos de transición, en los que las reformas deben medirse por la capacidad de consolidar los avances sin abrir la puerta a retrocesos abruptos. El neoliberalismo ha hecho tan evidente y grave el trasvase de riqueza de los pobres y clases medias a los ricos y viejas y nuevas élites, que las fuerzas tradicionales de derecha hoy viven más de las oportunidades que les da la izquierda por los errores que cometen que por los propios. mérito.

9.- La cultura y la educación popular son una de las claves para sostener la democracia y frenar el avance del autoritarismo.

Los medios más efectivos para luchar contra el viejo/nuevo fascismo, el autoritarismo y el oscurantismo son la cultura y la educación. La cultura es la práctica de la diversidad democrática y la imaginación por excelencia. La educación es fundamental para promover la difusión de la convivencia democrática y el interconocimiento entre las diferencias políticas, sociales y culturales. Las nuevas formas de educación política popular incluyen círculos de conversación, círculos de ciudadanía, universidades populares, teatro del oprimido, poesía slam, cultura hip-hop, con miras a crear ecologías de saberes que potencien la participación política en las que se debe forjar una democracia participativa. enfoque del futuro: presupuestos participativos, consultas populares, consejos sociales o consejos de gestión de políticas públicas, especialmente en las áreas de salud y educación.

La historia del país, con todo lo que es luminoso y oscuro, es una dimensión esencial de la cultura y la educación. El pasado fue un pasado de luchas donde hubo ganadores y hubo perdedores. Por razones obvias, las clases dominantes prefieren la historia de los ganadores contada por los ganadores (sus antecesores). Las fuerzas políticas de izquierda deben, por el contrario, promover la difusión de la historia de los vencidos contada por los vencidos (los antecesores de los grupos sociales que se proponen defender). Los relatos plurales son los más efectivos para combatir la falsa contingencia del presente y el carácter instantáneo y desarraigado de la contemporaneidad monolítica. Una sociedad que no conoce su pasado está condenada a tener sólo el futuro de los demás.

10.- Vivimos en un período de luchas defensivas.

La ideología de que no hay alternativa al capitalismo –que es, de hecho, una tríada: capitalismo, colonialismo (racismo) y heteropatriarcado (sexismo)– ha terminado siendo internalizada por gran parte del pensamiento de izquierda. El neoliberalismo ha sabido combinar el supuesto fin pacífico de la historia con la idea de crisis permanente (por ejemplo, la crisis financiera, la crisis ecológica y, más recientemente, la crisis sanitaria). Por eso, hoy

vivimos bajo el dominio del corto plazo. Sus demandas deben ser satisfechas porque quienes pasan hambre o son víctimas de violencia policial o de género no pueden esperar a que el socialismo coma o sea liberado.

Pero no se puede perder de vista el debate civilizatorio que plantea la cuestión de las luchas a mediano plazo. La pandemia, al convertir el corto plazo en máxima urgencia, creó la oportunidad de pensar que hay alternativas de vida y que, si no queremos entrar en un periodo de pandemia intermitente, tenemos que hacer caso a los avisos que la naturaleza va dando. nosotros. . Si no cambiamos nuestras formas de producir, consumir y vivir, caminaremos hacia el infierno pandémico.

En un momento en que los fascistas están cada vez más cerca del poder, cuando aún no están en el poder, una de las luchas más importantes es la lucha por la democracia. La democracia liberal representativa es de baja intensidad porque acepta ser una isla relativamente democrática en un archipiélago de despotismos sociales, económicos y culturales. Por lo tanto, no se sabe cómo defenderse eficazmente contra las fuerzas antidemocráticas. La democracia representativa liberal es un punto de partida esencial, pero no puede ser el punto de llegada. El punto de llegada es una profunda articulación entre la democracia liberal representativa y la democracia participativa y deliberativa. En este momento de luchas defensivas, es particularmente importante defender la democracia liberal, representativa, para neutralizar a los fascistas y, a partir de ella, radicalizar la democratización de la sociedad y la política. Las fuerzas políticas de izquierda deben tener esto especialmente en cuenta porque saben que serán los primeros objetivos y las primeras víctimas de la violencia fascista.

Boaventura de Sousa Santos

Fuente:
https://www.nuevatribuna.es/articulo/sociedad/diez-tesis-reinventar-izquierda/20220212191941195400.html

Foto tomada de:
https://www.nuevatribuna.es/articulo/sociedad/diez-tesis-reinventar-izquierda/20220212191941195400.html